

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

El perdón de Dios

EL ENCUENTRO DE DIOS Y EL HOMBRE
EN LA CONFESIÓN

JESÚS MARTÍNEZ GARCÍA

C^e

COBEL EDICIONES

ÍNDICE

1. Los árboles rebeldes	7
2. ¿Soy muy importante?	11
3. La grandeza del hombre	15
4. El pecado	19
5. Lo que supone el pecado	23
6. Reconocer «mis» pecados	27
7. Ser sinceros	33
8. Aclarar la conciencia	39
9. Tres maneras de vivir	43
10. Temor al infierno	49
11. La tibieza: falta de amor	57
12. Dios nos busca	63
13. Descubrir el amor de Dios	67
14. Me amó y se entregó por mí	73
15. Dolor de amor	81
16. ¿Por qué lloras?	85
17. Dios me perdona	91
18. Sinceridad otra vez	95
19. Resurrección espiritual	99
20. No volver a pecar	103
21. Examen de conciencia	107
22. Acto de contrición	113

Cuentan que un esbelto álamo propuso a los árboles del bosque un pensamiento lleno de orgullo: «Hermanos –les dijo–, bien sabéis que la tierra nos pertenece, porque de nosotros dependen los hombres y los animales, sin nosotros no pueden vivir. Somos nosotros los que alimentamos a la vaca, a la oveja, al pájaro, a las abejas...; nosotros somos el punto céntrico, y hasta el mismo suelo va formándose de nuestro ramaje podrido. No hay en el mundo sino un solo poder que nos domine: el Sol. Se dice que de él depende nuestra vida. Pero, hermanos, yo estoy convencido de que esto es un cuento. Seguro que podemos vivir sin la luz del Sol.»

El álamo hizo una pausa en su discurso. Algunos robles y olmos, ya vetustos, murmuraron en señal de protesta, mas los árboles jóvenes inclinaron sus cabezas en señal de aprobación. El álamo continuó con voz más alta: «Sé muy bien que entre las plantas hay un partido de cabezas cerradas, que cree

en esa rancia superstición. Pero yo confío en el sentido de independencia de la joven generación. Es necesario que nosotras, las plantas, lleguemos un día a sacudirnos el yugo del Sol. Entonces surgirá una generación nueva, una generación libre. ¡Adelante, pues, a la guerra de la independencia! ¡Y tú, viejo reflector de las alturas, llega el fin de tu poderío!»

Las palabras del álamo se perdieron en los gritos de asentimiento que ahogaban las manifestaciones de disenso de los árboles viejos. «Declaramos la huelga contra el Sol –continuó de nuevo el álamo–. Trasladaremos nuestra vida a la oscura noche, llena de misterios. En la noche queremos crecer, florecer, exhalar nuestros perfumes y dar nuestros frutos. ¡Para nada necesitamos del Sol! ¡Seremos libres!»

Al día siguiente los hombres notaron cosas raras. El sol brillaba espléndidamente, pero las flores inclinaban su cabeza hacia el suelo con sus cálices cerrados. En cambio, al anochecer, los pétalos se entreabrieron y las corolas, pintadas de todos los colores, irguieron su cuello hacia los pálidos rayos de la luna y la luz débil de las estrellas. Así sucedió durante varios días, pero pronto se vieron cambios extraños en la vegetación: el trigo estaba tumbado en el suelo, las flores perdían su color, las hojas se secaban. Todo se marchitaba como en pleno otoño.

Las plantas empezaron entonces a refunfuñar, motejando al álamo. Pero el cabecilla de la rebelión

–también él con las hojas secas, de un color amarillo como el canario– siguió instigándoles: «¡Qué tontos sois, hermanos! ¿No veis acaso cuánto más hermosos, más bizarros, más libres, más independientes sois ahora que cuando gemíais bajo el dominio del Sol? ¡Ca! ¡No es verdad! Os habéis vuelto más finos, más nobles; habéis adquirido personalidad...»

Algunas de las desgraciadas plantas seguían creyendo al álamo, y con labios cada vez más amarillos murmuraban una y otra noche: «Nos hemos vuelto más finas... Nos hemos vuelto más nobles... Hemos adquirido personalidad.» La mayoría, sin embargo, se declaró contra la huelga en tiempo oportuno, y se volvió hacia el Sol vivificante.

Al llegar la nueva primavera, el álamo, seco, erguía como triste espantajo sus ramas descarnadas en medio del bosque, que rebosaba en pujante fuerza de vida y de trinos de pájaros. Sus necias enseñanzas se fundieron en el olvido. En torno suyo, las flores enviaban el perfume de su agradecimiento al Sol antiguo (cfr T. Tóth, *El Joven creyente*).

Todas las cosas que existen en el mundo tienen unas leyes, impresas en su naturaleza por el Creador. Y las cumplen de un modo inexorable. Por eso hay un orden en el mundo. Si las criaturas no siguieran ciegamente sus leyes sería el caos: el agua del mar podría subirse a las ciudades costeras, las estrellas chocarían entre sí o los pingüinos irían a ve-

ranear al Caribe y morirían (¿Te imaginas un pingüino en bermudas y con gafas de sol?). Por eso, porque cada cosa sigue necesariamente esas leyes ya te das cuenta de que los árboles del cuento no podían rebelarse. Sólo las personas, porque tenemos inteligencia y voluntad, podemos no seguir el plan que Dios ha establecido para que alcancemos nuestra perfección. Pero el no seguirlo trae como consecuencia el desorden, el mal.

Junto a las leyes biológicas que rigen el desarrollo de nuestro cuerpo, cada uno tenemos en la conciencia unas leyes de comportamiento, unas normas morales para que vivamos como personas, es decir, como seres espirituales y libres. Estas leyes morales son, en síntesis, los Mandamientos de la Ley de Dios. Y el primero consiste en amar a Dios sobre todas las cosas. Se le ama cumpliendo, como mínimo, los otros nueve.

Los Mandamientos son caminos de libertad, de amor y de felicidad. Quien los cumple demuestra que ama a Dios realmente. Quien no los vive, además, comprueba que eso no le venía bien, que le ha hecho daño; que ha quedado esclavizado por algo o por alguien; y que, precisamente de esa manera, no es feliz y no hace felices a los que le rodean.

Hemos de alcanzar nuestra perfección voluntariamente, haciendo el bien y evitando el mal. Con la inteligencia conocemos lo que hemos de hacer y con la voluntad hemos de procurar hacerlo. Somos libres. La libertad moral nos la ha dado Dios para que hagamos el bien, no para hacernos daño. Un cuchillo, por ejemplo, sirve para cortar jamón; también para cortarse un dedo. Pero no es para eso. La libertad podemos utilizarla para no hacer el bien que hemos de hacer.

Como cumplir los Mandamiento nos puede costar, ya que nuestra naturaleza está dañada por el pecado original y no tiende siempre al bien, a uno se le puede ocurrir: ¿Por qué tengo yo que cumplir esas normas que Dios ha establecido para nosotros? ¿No soy libre para hacer lo que me dé la gana? Puede surgir en nosotros la idea de rebelarnos, porque a todos nos cuesta tener que cumplir la voluntad de otro. Nos cuesta reconocer que somos criaturas hechas de

una determinada manera por Dios, a Quien hemos de obedecer.

Cuentan que se encontraba un niño paseando a la orilla del mar, cuando de improviso lanzó esta pregunta a su madre: «Mamá, ¿qué harán con el mar cuando yo me muera?», como diciendo: ya lo he visto, ¿para qué sirve ya? No sé lo que le contestó su madre, pero quizá tú le hubieras dicho con desdén: ¿pero tú quién te has creído que eres?

Los niños manifiestan a veces espontáneamente sentimientos que todos llevamos dentro y que procuramos no manifestar en alto, porque realmente son ridículos. Y es que, en el fondo, todos tenemos una inconfesable soberbia que nos lleva a pensar que, hasta que uno no ha llegado a la existencia, el mundo no estaba completo. Nos creemos personas muy importantes, y nos cuesta reconocer que no lo somos tanto como nos gustaría. Nos imaginamos que a partir de nosotros todo tiene explicación, que nosotros somos la medida del mundo y de nosotros mismos. Por eso a uno se le puede ocurrir: ¿por qué yo he de cumplir los mandamientos?

La realidad es que nadie nos pidió permiso para ponernos en la existencia, nadie nos preguntó cómo tenían que ser las leyes que rigen las cosas ni las normas que debemos cumplir los hombres. Los Mandamientos nos los ha dado Dios no sólo para no hacernos daño, sino porque cumpliéndolos *nos hacemos*

buenos buenos. En nuestras decisiones vamos decidiendo el tipo de persona que somos moralmente. Y hemos de ser buenos. Pero podemos notar que insinúa en nuestro corazón esa halagadora tentación: «Pero tú, con lo importante que eres, ¿tienes que obedecer a Dios? ¿Y si no le obedeces...? Serás independiente, tendrás personalidad..., serás como Dios.»

Es necesario que reflexionemos. ¿Verdaderamente somos tan importantes? ¿Quién es esa persona que se hace esas preguntas, y que se cree tan independiente? Veamos. ¿Cuántos años tengo? ¿Cuánto suele vivir una persona? ¿Setenta? Bien. Dicen que el hombre más antiguo del que se tiene noticia puede datar de hace 500.000 años. Una enormidad. Sin embargo, ¿qué es la historia de todos los hombres comparada con la historia de la tierra?

Los científicos estiman que han transcurrido 4.600 millones de años desde que se solidificó la superficie de la tierra. Si imagináramos la duración de la existencia de la tierra desde entonces hasta hoy como un día de veinticuatro horas, ¿qué lapso de tiempo correspondería a la historia de la humanidad? Empieza a contar el reloj imaginario desde que se forma la corteza del globo terráqueo y comienzan a discurrir las horas. Pasado el mediodía veríamos nacer la vida vegetal y embellecerse la tierra, pero por ningún lado veríamos al hombre. Pasarían las horas, y cuando hubieran pasado veintitrés, es decir 79.200 segundos,

todavía no habría ni rastro de él. Pasaría la última media hora..., faltarían diez minutos, cinco..., y todavía no se vería ningún hombre. Sólo cuando faltasen nueve segundos aparecería el primer ser humano. Quedarían entonces 500.000 años por delante hasta que nacióéramos cada uno de los que vivimos en este siglo: poco más de una milésima de segundo de nuestro reloj ficticio.

Eso sería la duración de mi estancia en la vida comparándola con la historia de la tierra. ¡Qué brevedad, qué insignificancia comparada con la historia de nuestro planeta! Y, después de todo, la medida que hemos tomado como punto de referencia es nada, casi desaparece con la historia de las estrellas que nos rodean. Parece ser que el sol que nos alumbra tiene más de quince mil millones de años de edad...

¿Por qué tengo que reconocer los Mandamientos y procurar cumplirlos? Porque Dios es Dios, y yo... soy una pequeña criatura cuya importancia radica precisamente en obedecer a Dios.